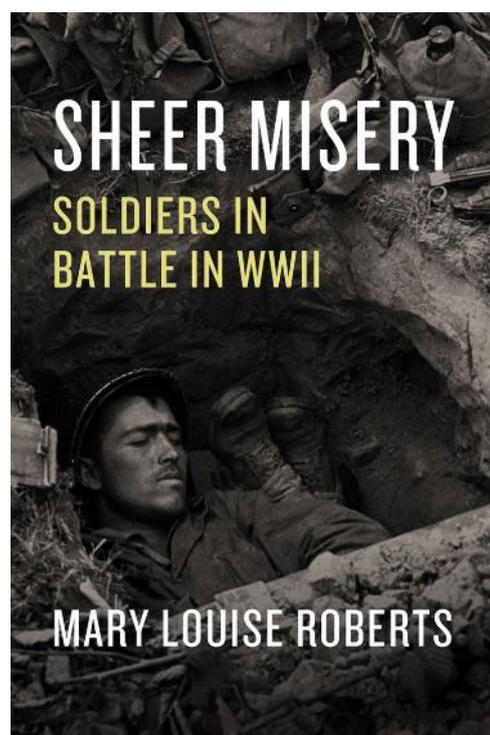


Mary LOUISE ROBERTS: *Sheer Misery. Soldiers in battle in WWII*, Chicago, The University of Chicago Press, 2021, 199 pp., ISBN: 978-10-226-75314-0.

Paula Iglesias Bueno
Universidad Complutense de Madrid

Una mirada humana sobre las trincheras.

Es habitual que trabajar sobre la composición y los escalones más bajos de la jerarquía militar, sobre todo desde una perspectiva de la Historia Militar más clásica, signifique escribir sobre cifras, equipamiento, estrategias, armamento, etc. A veces, se trata de una forma tan impersonal que parece olvidar que esas cuestiones y datos estaban protagonizados por seres humanos. En *Sheer Misery. Soldiers in battle in WWII*, la historiadora estadounidense Mary Louise Roberts busca todo lo contrario: dar una visión general sobre la percepción, las emociones y la gestión cotidiana de la guerra de los soldados rasos en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Una mirada diferente a las trincheras y a la infantería que busca comprender a los soldados como seres humanos, con su individualidad, pero también en sus relaciones y sus estrategias colectivas para el manejo de las emociones y sensaciones.



Para ello, se sirve de numerosos testimonios de estos hombres y de sus responsables, así como de artículos de prensa del momento, con el objetivo principal de acercarse a la experiencia individual para comprender las maneras más habituales de negociar con el día a día del conflicto: el frío, el hambre, el miedo, el dolor. Un abanico de testimonios escogidos de todos los ejércitos, que permite contrastar las diferencias y similitudes de cada milicia. Conocemos así, con estos recuerdos en primera persona, contrastados con las fuentes que registran el abastecimiento, las bajas, las heridas y los recursos, cómo se desarrollaron las sensaciones más usuales del contexto bélico y qué estrategias para lidiar con ellas, comprenderlas, nombrarlas y afrontarlas desarrollaron los soldados. La autora, además, trata de entender qué significados otorgaban las tropas a cada

sensación, a cada olor o sonido, y cómo a través de ellos construyeron un lenguaje propio para entender, procesar y relatar sus experiencias.

El libro queda dividido en cinco capítulos que pretenden abordar estas experiencias cotidianas, el impacto emocional que generaban tanto en el momento como en el recuerdo posterior a la guerra, y esas maneras de significar las sensaciones y enfrentarse a ellas (o evitar hacerlo, en función de si la situación lo permitía o no).

En primer lugar, un punto fundamental para la autora es conocer cómo los soldados eran percibidos por los altos mando como números, meras herramientas para conseguir sus objetivos militares. Sufrían, por tanto, un proceso de despersonalización que en estas escalas más bajas de la jerarquía castrense era sentido y, por ello, condicionaba su forma de relacionarse con los cargos superiores, así como entre ellos mismos y con sus propios sentimientos con respecto a lo que ocurría a su alrededor. Se trata de una idea que, además, se repite a lo largo de toda la obra en relación con cada apartado concreto. Este primer capítulo es imprescindible para comprender los demás, puesto que permite ver cómo el hecho de que los soldados fueran conscientes de que se les percibía de una forma tan impersonal condiciona las reacciones —principalmente, de rechazo o de desconfianza— ante las decisiones de los altos mandos que tenían que ver con el equipamiento, la limpieza, la comida o el tratamiento médico, que producen las sensaciones protagonistas de los siguientes capítulos. De esta manera, se ve por qué era habitual que las tropas entendieran los protocolos, las órdenes y la disciplina a la que eran sometidas como formalidades completamente alejadas y desconectadas de la realidad del frente de batalla. Lo cual llevaba a que, en algunas ocasiones, se ignoraran ciertas directrices que los soldados percibían como poco prácticas para poder desarrollar su actividad.

A continuación, el trabajo aborda la cuestión de la higiene personal de los soldados, siendo un elemento que refleja paradigmáticamente este choque entre las órdenes recibidas y la acción real del frente. Mientras que, para los altos mandos, la cuestión de la limpieza es casi obsesiva y existe todo un desarrollo de protocolos para efectuarla correctamente y controlarla, la cotidianeidad de una batalla y de una trinchera pasaba necesariamente por la suciedad. Así, para el soldado de a pie, el hecho de que un compañero estuviera sucio o no condicionaba su visión sobre él, puesto que era un indicador del grado de participación directa en la acción del frente.

Esta dinámica se reflejó incluso en la prensa del momento, representada en el libro con el ejemplo de los trabajos de Bill Mauldin en los que se muestra cómo el día a día de los soldados pasa fundamentalmente por el barro y cómo, entre sus iguales, eso es valorado. Así, se construye esa suciedad como un símbolo real de la cotidianeidad bélica frente a los estándares inalcanzables de limpieza pretendidos por los oficiales y que constituían una de las principales señales de desconexión con el frente.

El siguiente capítulo aborda la vestimenta y la consecuencia innegable de su mala adecuación al medio: el frío. Su resultado eran distintas heridas y malestares,

siendo el «pie de trinchera» o «pie de inmersión» una de las dolencias más habituales en los soldados de infantería. Se daba, sobre todo, por permanecer demasiadas horas con los pies a bajas temperaturas y húmedos, sin la protección adecuada. Esto, además, se volvía más común debido al entrenamiento recibido, que enseñaba a abstraerse de sensaciones incómodas en el frente hasta el punto de ignorar el dolor para no perder efectividad, provocando que el cuerpo sobrepasara ciertos límites por no prestarle atención. Por un lado, tenía que ver con la obediencia de las órdenes, independientemente de las sensaciones, el cansancio y las limitaciones individuales. Y, por otro, con un reflejo de la masculinidad militar, en la cual la capacidad de aguantar el dolor era muy valorada.

En relación con esta dinámica, la autora continúa con el tema de las heridas, la atención médica y los procesos de triaje, tratamiento y evacuación de los soldados. La posibilidad de ser herido estaba presente de forma constante, por lo que el estado habitual era el de alerta, pendiente de todas las señales que podían indicar peligro. Entre ellas, la más destacada eran los sonidos, que permitían diferenciar cambios de posición de las filas enemigas o el tipo de armamento que manejaban, siendo además las tropas conscientes de qué tipo de heridas provocaba cada una. Es decir, no solo había un estado de alerta para intentar evitar una herida, sino que también las conversaciones entre soldados trataban sobre qué tipos de lesiones eran preferibles, qué pronóstico podían tener, cuáles significaban una evacuación y el nivel de riesgo vital que suponía cada una.

Ese riesgo que conecta con el último capítulo del libro: la muerte y su presencia cotidiana, diaria, como un recordatorio del peligro permanente pero, también, de la pérdida de compañeros y la imposibilidad de lidiar en el momento con los duelos correspondientes. Y, además, la autora plantea aquí los problemas éticos que puede acarrear convertir el cuerpo, el cadáver, en un sujeto de estudio histórico, al mismo tiempo que la imposibilidad de ignorarlo cuando se trata de abordar históricamente la guerra y, más en concreto, el frente de batalla.

Además, a lo largo de toda la obra se incide, desde una sutil perspectiva de género sobre la que podría ser de gran interés profundizar, en cómo la percepción de todas estas emociones y la decisión sobre mostrarlas o no públicamente a sus compañeros, a los periodistas, a sus superiores o en los testimonios, venían condicionadas por la construcción de masculinidades militares. Existía, en definitiva, todo un entramado de normas y estereotipos sociales trasladados a la trinchera que definían qué era lo que se podía sentir y lo que no, y cómo había que comunicarlo, para entrar dentro del ideal varonil del soldado. Por lo tanto, la autora no solo recorre las sensaciones más comunes en la cotidianidad de la guerra, sino también cómo estas formaban parte de la construcción de identidades de los propios soldados durante y después del conflicto.

En resumen, conocer esta dimensión más humana, emocional y cotidiana del conflicto a través de estos apartados, usando como elemento vehicular del trabajo los testimonios directos y enfrentándolos textualmente al análisis profundo de la autora sobre

otras fuentes, permite también extraer conclusiones sobre cómo se pueden utilizar dichos testimonios en tanto que documento sobre la Segunda Guerra Mundial. Entender cómo se nombran, cómo se enfrentan y cómo se negocian las cuestiones del día a día nos da herramientas para conocer esa rutina diaria de guerra y los significados tras los recuerdos, los traumas y los conceptos que los soldados les asociaron, las estrategias para convivir con ellos, así como las consecuencias físicas y psicológicas de todo ese proceso.

Así, esta breve obra de carácter general se puede entender como una muestra y una proyección de futuras líneas de investigación hacia una comprensión de las trincheras, de la infantería, del grueso de los ejércitos en la Historia Militar, desde una óptica más personal, más humana. Una mirada menos habitual de afrontar este tipo de estudios y que se concentra más en los protagonistas y su individualidad que en la imagen tradicional de las tropas como una masa homogénea de la cual solo es posible extraer cifras y estrategias. En definitiva, plantea temas de trabajo no solo útiles para comprender la dimensión emocional de estos soldados, en concreto durante la Segunda Guerra Mundial, sino también trasladables a otros contextos bélicos, ampliando los márgenes de la investigación de la historiografía militar.